

RAWLS

El filósofo de la justicia

ÁNGEL PUYOL

Rawls. El filósofo de la justicia

© Ángel Puyol, 2025.

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2025.

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño: Kira Riera

Maquetación: reverté-aguilar

© Fotografías: Frederic Reglain/Gettyimages (p. 13), Marcio Jose Bastos Silva/Shutterstock.com (p. 21), Everett Historical/Shutterstock.com (p. 24), Hobbes, Locke y Rousseau: Georgios Kollidas/Shutterstock.com, Kant: Nicku/Shutterstock.com (p. 42), Jerry Bauer/CC BY-SA 3.0 (p. 95), Elke Wetzig/CC BY-SA 3.0 (p. 128).

Depósito legal: B 5652-2025

ISBN: 978-84-1361-594-3

Impreso por EGEDSA (España)



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción	9
Una vida con suerte	15
La construcción de una sociedad justa	23
Contra el utilitarismo	23
Unos nuevos fundamentos de la justicia	33
El contrato social reformulado	41
Los dos (o tres) principios de justicia	50
La cuestión del mérito	58
La justicia internacional	71
La sombra de Rawls es alargada	81
El bien y la justicia. El debate con los comunitaristas	81
La prioridad de la libertad. Los debates con marxistas y ultraliberales	96
Los límites de una igualdad justa. Un debate con los igualitaristas liberales	108
¿Igualdad de qué, y para qué? El otro debate con los igualitaristas liberales	123
La injusticia global. El debate con los cosmopolitas	136

El problema de la justicia global	146
La cuestión del género. El debate con los feminismos	153
Epílogo	169
John Rawls: Obras principales	175
John Rawls: Artículos publicados	181
John Rawls: Capítulos en libros colectivos	187

*A la casa de Via Cilento en Roma.
Verano de 2015.*



Introducción

«La justicia es la primera virtud de las instituciones sociales,
como la verdad lo es de los sistemas de pensamiento».

Con esta seductora afirmación, Rawls señala cuál es la finalidad de la verdadera política: la creación de instituciones justas.

John Rawls es el filósofo de la política nacido en el siglo XX más influyente en la actualidad. Recién publicada la gran obra de Rawls, *Teoría de la justicia*, en 1971, uno de sus contrincantes más reconocidos y colega en la Universidad de Harvard, Robert Nozick, vaticinó lo que pronto se haría realidad: «a partir de ahora todos los que escriban sobre filosofía política tendrán que decir si están a favor o en contra de Rawls». ¿A qué se debe tal éxito? Sin duda, a tres aspectos que definen el pensamiento de este filósofo norteamericano.

El primero es que sitúa a la justicia en el centro de la reflexión sobre la política, y eso, en un mundo cada vez más desigual y global, ha marcado el camino de toda una

generación de filósofos que ha aprendido a tomar conciencia de que no se puede ignorar la realidad social y política más importante de nuestro tiempo: las enormes injusticias y sufrimientos que provocan la pobreza y la desigualdad.

Rawls planteó el tema de la justicia social entrada la segunda mitad del siglo xx, en un momento en que la filosofía académica dominante estaba desencantada por el fracaso de las utopías políticas que habían ido sucediéndose durante la primera mitad del siglo, entregada sin disimulo a los brazos del liberalismo y el utilitarismo, y dedicada casi en exclusiva a pensar el lenguaje, incluido el lenguaje moral (siguiendo la fascinante herencia de Wittgenstein: «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo»). Los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo xx (derechos civiles, mayo del 68, feminismo, antinucleares, ecologismo...), el interés por cimentar las bases teóricas de un Estado del bienestar todavía inexistente en su tierra natal, los Estados Unidos de Norteamérica, y su no desdeñable experiencia vital, marcada por una suerte personal que, en un sentido moral profundo, él considera inmerecida, encienden definitivamente, en Rawls, la pasión por la justicia, concretamente por la construcción de una teoría que respete tanto la libertad como la igualdad de los ciudadanos. La pregunta que dirige todo su pensamiento, y que se puede leer en las primeras páginas de su libro más conocido, es la siguiente: «¿Cuál es la concepción moral de la justicia más apropiada para una sociedad democrática?». Y la respuesta,

aunque compleja, como veremos, gira alrededor de una intuición fundamental: la justicia de una sociedad se mide por el destino que reserva a los más desfavorecidos.

El segundo aspecto que explica el interés de (y por) la obra de Rawls es la búsqueda de una definición positiva de justicia. Las denuncias de las injusticias suelen reunir más consenso a su alrededor que los planteamientos de una sociedad más justa. La obra de Rawls no se limita a dar voz a los indignados o a señalar todo lo que no funciona bien en la política y las instituciones. Tiene un objetivo mucho más ambicioso, difícil y, a menudo, ingrato: la construcción de una alternativa que elimine las injusticias y que, sobre todo, establezca las bases de una sociedad justa y estable en el tiempo. Sabemos que, en política, en filosofía y, en general, en la vida, es más fácil destruir que construir. Rawls filosofa con un espíritu constructivo. Por eso, la suya no es una filosofía de la sospecha, sino de la propuesta.

Ligado a esa finalidad, aparece el tercer aspecto que ha hecho de Rawls un pensador tan influyente: la presentación de su teoría como «realistamente utópica». El filósofo de Harvard combina con destreza la propuesta de unos principios de justicia que deben servir para mejorar las instituciones —y de ahí la utopía— con la voluntad de respetar el principio de realidad de la economía, la organización política y la psicología humana. La unión de dos mundos aparentemente incompatibles, el de la utopía y el de la realidad, ha despertado un gran interés entre los científicos sociales. Economistas, sociólogos, politólogos y

juristas de todas las escuelas y procedencias estudian las ideas de Rawls no solo por la innegable bondad y belleza de sus principios de justicia, sino porque estos están diseñados para encajar en las instituciones reales de las sociedades democráticas. Como señala la frase que encabeza este prefacio, «La justicia es la primera virtud de las instituciones sociales, como la verdad lo es de los sistemas de pensamiento». El fin de la política es el buen gobierno y este se consigue cuando las instituciones tratan con justicia a los ciudadanos. Así pues, la tarea principal de la filosofía política consiste en saber qué es una sociedad justa. Pero no una sociedad abstracta o imaginada, sino la nuestra, la real.

Naturalmente, la construcción de una utopía realista no ha ahorrado al filósofo de Harvard las críticas de uno y otro lado. En el bando de la izquierda, los más utópicos le recriminan que se mantenga demasiado apegado al *statu quo* liberal, y los más realistas le reprochan que no ofrezca una teoría del poder con que explicar adecuadamente la apropiación de la riqueza por parte de las élites económicas y políticas. En el bando de la derecha, le recuerdan que la riqueza que la teoría de la justicia de Rawls pretende redistribuir tiene dueños con derechos de propiedad adquiridos legítimamente, y que las circunstancias económicas, sociológicas y psicológicas del ser humano pueden resultar un obstáculo decisivo contra una mayor justicia social. En cualquier caso, esas objeciones forman parte de los debates abiertos por la filosofía de Rawls, debates y discusiones que no parece



Retrato de John Rawls
tomado en 1987.

que tengan un final cercano, a tenor del vigor que mantienen todavía.

El presente libro contiene dos partes distintas. Tras un breve relato biográfico, que ofrece claves para entender mejor el pensamiento del filósofo, en la primera parte se examinan las ideas fundamentales del autor: su obra como respuesta al desafío utilitarista, la predilección por el método clásico del contrato social para justificar la validez de los principios de justicia, el contenido de dichos principios y su extensión a las relaciones internacionales.

En la segunda parte, se exponen los principales debates que ha suscitado la obra de Rawls, el diálogo vivo entre sus propuestas y las del resto del pensamiento actual sobre ética y política, que valida las palabras de Nozick al comienzo de este prefacio. Entre ellos, destaca el debate sobre el significado y el alcance de la libertad y la igualdad, los límites de la justicia social, la relación entre la ética y la política (concretamente, entre lo bueno y lo justo), la cuestión de la justicia global y el encaje de la teoría de la justicia rawlsiana con los feminismos contemporáneos.

John Rawls murió ya empezado el siglo XXI, y su impronta intelectual se mantiene presente hoy, aunque su legado a largo plazo está todavía por desvelar. Sin embargo, el fabuloso impacto de sus ideas en el pensamiento contemporáneo, más allá de la adscripción a una escuela o de la perentoriedad de unas ideas y unos temas particulares, augura que su huella no se borrará. A estas alturas, se puede afirmar que el filósofo norteamericano ha ingresado en la pequeña lista de grandes clásicos de la filosofía política, junto a Platón, Aristóteles, Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Mill, Marx y, ya en nuestros días, Habermas.

Una vida con suerte

John Rawls tuvo una vida afortunada en muchos sentidos, lo que le permitió desarrollar su talento y vocación para la filosofía, pero esto también fue motivo de una honda reflexión moral en el filósofo, que acabó impregnando todos los rincones de su obra. La buena o mala suerte que se tiene en la vida acabará siendo un aspecto fundamental de su teoría ética y política, como luego veremos.

En *John Rawls: His Life and Theory of Justice*, de Thomas Pogge y Michelle Kosch, se relata que John (Jack) Bordley Rawls nació el 21 de febrero de 1921 en Baltimore, una ciudad portuaria fundada a principios del siglo XVIII, a medio camino entre Nueva York y Washington. La ciudad siempre ha concentrado una gran población afroamericana, epicentro entonces y ahora de fuertes tensiones raciales. Rawls perteneció a una familia acomodada. Su padre se dedicó al derecho y llegó a ser un prestigioso abogado. Su madre fue una mujer inteligente, con vocación artística e interesada en la política, que contribuyó a fundar e incluso llegó a presidir la *League of Women Voters*. Rawls, según explican sus discípulos convertidos en biógrafos

Pogge y Kosh, solía describir a su padre como un hombre frío y distante con la familia. En cambio, se sintió más cercano a su madre y, desde temprana edad, recibió de ella una inquietud y sensibilidad especiales por los temas de la justicia.

Tuvo cuatro hermanos. Perdió a dos ellos por enfermedad. Esa tragedia familiar marcó profundamente su vida porque fue él quien contagió a sus hermanos las afecciones que les causaron la muerte. A los siete años, John contrajo la difteria. Pese a que la familia intentó impedir que sus hermanos tuviesen contacto directo con él mientras estuvo convaleciente, Bobby, un hermano casi dos años mayor y de carácter abierto, desobedeció a sus padres y en algunas ocasiones se coló en la habitación de John para hacerle compañía. Bobby enfermó pronto, y él no pudo superar la infección. Ese suceso traumatizó a John, quien pronto desarrolló una tartamudez que, aunque fue remitiendo a lo largo de la vida, siempre le supuso un hándicap.

John se recuperó de la difteria, pero el siguiente invierno tuvo una severa pulmonía que contagió esta vez a su hermano Tommy. La tragedia del año anterior se repitió, y su hermano pequeño murió al poco de contraer la enfermedad mientras John se restablecía lentamente.

No es fácil saber hasta qué punto estos hechos marcaron la vida y el pensamiento del filósofo. Pero lo cierto es que el principal argumento de su teoría de la justicia, el que está detrás del principio de diferencia, sostiene que los individuos no son responsables de la buena o la mala

suerte que tengan en sus vidas y, por tanto, no merecen, en un sentido moral fuerte, los éxitos y los fracasos sociales asociados al azar. La justicia consiste en que los más afortunados puedan mejorar su condición tan solo si los menos afortunados también lo hacen. En una sociedad democrática, los individuos libres e iguales deben «compartir los unos el destino de los otros», afirma Rawls. Con independencia de que cada persona tiene derecho a abrigar su propia idea del bien y de vivir conforme a ella, hay una obligación anterior y moralmente más importante, que es compartir con los demás la buena fortuna. La justicia precede al bien. El deber de compartir con los demás precede al deseo de vivir nuestra vida como mejor consideremos.

Con estos antecedentes, es difícil sustraerse a la idea de que Rawls sintió que la fortuna de sobrevivir a sus hermanos fue inmerecida en un sentido moral profundo, y que lo mismo ocurre con cualquier circunstancia social y familiar que rodea a los individuos y que propicia que sus vidas vayan mejor o peor de lo que irían si las circunstancias fuesen diferentes. Tenemos derecho a la libertad personal, pero no a beneficiarnos completamente de ella si los demás no mejoran con nosotros. Esa es una lección de vida en el joven Rawls, y un principio de justicia en la teoría que después desarrolla en su madurez filosófica.

Durante su niñez y juventud, Rawls acaba de formar su sentido de la justicia observando cómo defiende su madre los derechos de las mujeres, pero también experimentando cómo son tratados los afroamericanos en su

ciudad natal. En las escuelas había segregación racial, y en la calle no estaba bien vista la amistad interracial, lo que ocasionó ciertos problemas al joven Rawls cuando iba a visitar la casa de su amigo Ernest, un niño afroamericano que vivía en uno de los suburbios de la ciudad reservados a la población negra. También pudo comprobar de primera mano el clasismo asociado a la pobreza cuando pasaba los veranos navegando en la Bahía de Chesapeake y entabló amistad, en esta ocasión, con los niños blancos pobres que trabajaban alrededor del puerto. Por encima de todo, Rawls se sentía muy afortunado, pero injustamente afortunado por disfrutar de los privilegios y las oportunidades que la sociedad negaba a tantos otros.

Justo después de licenciarse en Princeton, en febrero de 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, Rawls se alistó en el ejército y fue destinado al frente del Pacífico. Allí pasó dos años sirviendo en Nueva Guinea, Filipinas y, finalmente, en la ocupación de Japón inmediatamente después del bombardeo de Hiroshima. Sus estudios universitarios aconsejaron la inclusión de Rawls en una unidad de inteligencia. Integrado en equipos de siete u ocho hombres, se dedicaba a tareas de reconocimiento de posiciones enemigas. Entró poco en combate, aunque lo condecoraron por su pericia con el manejo de la radio. En una ocasión, tras perder el casco, fue herido en la cabeza por la bala de un francotirador. En otra ocasión, fue arrestado por negarse a castigar a un soldado que había insultado a un teniente. Tras la guerra, rehusó hacer carrera en la

institución militar, que consideraba muy «triste», y años más tarde definió su paso por el ejército como «particularmente mediocre», teniendo en cuenta que uno de sus dos hermanos que seguían vivos llegó a ser piloto en el frente europeo y un héroe de guerra.

Su educación moral se acabó de formar en ese período bélico. Tres episodios de la guerra marcaron su vida. El primero fue escuchar de los predicadores protestantes que Dios bendecía las balas americanas y protegía a los soldados de su regimiento de las de los japoneses. Pensó que la religión no debía utilizarse para mentir de ese modo, ni que fuese para insuflar ánimo a las tropas. Como buen filósofo, Rawls se indignó porque se antepusiese el consuelo a la verdad. El segundo incidente fue comprobar que la fortuna volvía a ponerse de su lado mientras la adversidad se llevaba a otros. Un compañero del ejército llamado Deacon y él se hicieron amigos a fuerza de compartir las tareas de radio y vigilancia. En una ocasión, el coronel al mando les ordenó que uno de ellos debía dirigirse a la enfermería a dar sangre a un soldado herido, mientras que el otro debía localizar las posiciones japonesas. Una vez más, Rawls sobrevivió, pues su tipo sanguíneo fue el único que resultó compatible para la donación. Su amigo Deacon no regresó de la misión: una bomba lo mató. El tercer episodio fue conocer el horror del holocausto. Rawls, que durante la carrera había mostrado interés por temas teológicos, después de eso no pudo evitar pensar lo siguiente: ¿por qué Dios iba a preocuparse de salvar su alma, la de sus amigos o la de su

familia, si no era capaz de salvar de Hitler a millones de judíos? Eso acabó con su fe religiosa.

Se doctoró en 1948. Al año siguiente se casó con su prometida, Mardy, con la que tuvo cuatro hijos. Como la madre de Rawls, fue una luchadora contra la discriminación de la mujer. Tuvo que ver cómo su familia pagaba los estudios a sus hermanos mientras ella tenía que ganarse una beca para poder ingresar en la universidad. Fue una espléndida pintora que retrató a Rawls en más de una ocasión.

Tras varios trabajos preliminares como docente en diferentes instituciones, Rawls fue contratado en la Universidad de Harvard (Cambridge, Massachusetts), en la que enseñó desde 1962 hasta que se vio obligado a jubilarse, en 1995, después de sufrir un derrame cerebral que le impidió seguir dando clases. Los derrames se sucedieron hasta que murió el 24 de noviembre de 2002 en Lexington.

Durante sus primeros años en Harvard se opuso a la guerra de Vietnam, como muchos otros intelectuales de su generación. Estaba convencido de que la guerra tan solo beneficiaba a las élites económicas. También se opuso enérgicamente a que, en la práctica, los soldados se reclutasen sobre todo entre los pobres, y a una decisión del Departamento de Defensa que favorecía que los estudiantes de la universidad quedasen excluidos del alistamiento obligatorio si tenían un buen expediente. Pensó que era una injusticia, una violación del principio de igualdad ciudadana, que los costes de una acción



Rawls enseñó en la Universidad de Harvard desde 1962 hasta que se vio obligado a jubilarse, en 1995.

pública como la guerra no se repartiesen por igual entre todos los ciudadanos igualmente capaces.

Acabada la guerra de Vietnam, Rawls publica *Teoría de la justicia*, no sin antes haber vivido un nuevo episodio de buena estrella. Una vez tuvo redactada la versión definitiva del manuscrito, y justo cuando la iba a llevar a imprenta, se produjo un incendio que casi la destruye por completo. Cuesta imaginarlo hoy, pero Rawls redactó con una máquina de escribir su primera gran obra. Ayudado de la buena fortuna (el fuego solo chamuscó unas cuantas hojas) y de su excelente memoria, pudo recomponer el texto que publicó en 1971, el libro de filosofía política escrito en el siglo XX más leído en la actualidad, pese a tratarse de un texto técnico.